

á uno solo de estos pequeñuelos, porque yo os declaro que en el cielo sus ángeles ven incesantemente la faz de mi Padre.”

Con todo, Jesucristo no olvida recordar á los hijos los deberes que tienen para con sus padres, y aun reprende severamente á los judíos que procuraban eludirlos. “¿Por qué infringís vosotros la ley de Dios, por seguir vuestra tradición? Porque Dios ha dicho:—Honrad á vuestro padre y á vuestra madre; y añade todavía:—Que aquel que ultraje con palabras á su padre ó á su madre, sea castigado de muerte.¹”

Así es como las relaciones de gerarquía social y de familia, las relaciones generales de los hombres entre sí, sufrirán una profunda modificación bajo la influencia de la doctrina de Cristo. “Yo os declaro, dijo Él, que si vuestra justicia no es mas perfecta que la de los escribas ó los fariseos, no entraréis en el reino del cielo. Ya sabéis lo que ha sido dicho á los antiguos:—No matarás, y aquel que lo haga será reo de condenacion: y yo entretanto os he dicho, que cualquiera que se irrite solamente contra su hermano, se hará digno de un juicio; y aquel que diga á su hermano una palabra humillante, merecerá ser condenado. Si, pues, estando ya á punto de poner vuestra ofrenda en el altar, os acordareis que vuestro hermano tiene algo contra vos, dejad al momento vuestra ofrenda sobre el altar, é id primeramente á reconciliaros con vuestro hermano: despues vendréis á presentar vuestra ofrenda. Vosotros habeis oido decir:—Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo; y yo os digo:—Amad á vuestro enemigo; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y os calumnian. Perdonad, si quereis que os perdonen, no hasta siete veces sino hasta setenta veces siete. Vosotros sabéis lo que se ha dicho á los antiguos:—No cometerás adulterio; y yo os digo, que si alguno mira á alguna mujer con malos deseos, ya ha cometido

¹ San Mateo, cap. 15.

adulterio en su corazon. Sabéis tambien lo que se ha dicho á los antiguos:—No serás perjuro, pero harás ante Dios tus juramentos. Y yo os digo:—Nada de juramento; que vuestra palabra sea sí, sí; no, no; porque todo lo que se añade viene del mal.—Dad de lo que teneis á aquel que os pida, y no eviteis al que desea tomar prestado de vosotros. Pero si quereis ser perfectos, vended lo que poseeis y dadlo á los pobres; entonces tendréis un tesoro en el cielo; porque yo os aseguro que un solo vaso de agua dado en mi nombre, tendrá su recompensa.—Lo que quisieréis que hagan los hombres por vosotros hacedlo igualmente por ellos.¹”

Pero no bastaba haber prescrito á los hombres sus deberes para con Dios y para con sus semejantes, ni haberles dado el conocimiento del bien; era necesario ademas atacar en ellos el mal, allí donde parece inespugnable, donde las leyes humanas son impotentes para perseguirlo; era necesario atacarlo hasta en su origen, en su raiz, en los repliegues impenetrables de la conciencia; era necesario dictar al hombre sus deberes para consigo mismo; ordenar á su voluntad, extinguir en él el gérmen diabólico, á fin de prevenir sus efectos mortales.

“Escuchadme todos, dijo Jesucristo al pueblo reunido, y comprended bien esto. Nada de lo que viene de fuera y que entra en el hombre puede mancharlo, pero lo que sale de él es lo que le mancha; porque es de adentro, del corazon, de donde salen los malos pensamientos, que engendran las malas acciones. Velad, pues, sobre vosotros mismos y orad sin cesar, porque el espíritu está pronto y la carne es débil. Satanás llega, las aflicciones y las persecuciones sobrevienen, las dificultades del siglo se enlazan; la ilusion de las riquezas seducen y arrastran, y si no estais prevenidos, sereis muy pronto derribados.—Estinguid hasta los malos deseos: concebir el deseo del mal, es haberle ya cometido en el corazon.—Si vuestro ojo derecho es una ocasion de pecado, arran-

¹ San Mateo, caps. 5, 7, 18 y 19; San Lucas, cap. 6, 11 y 12.

cadle y arrojadle lejos de vosotros; y lo mismo si vuestra mano derecha es una ocasion de pecar, cortadla y arrojadla lejos de vosotros; porque es mas ventajoso perder alguno de vuestros miembros, que el que todo vuestro cuerpo sea arrojado al infierno.—Aprended de mí á ser dulces y humildes de corazon.—Sed sencillos como la paloma, y prudentes como la serpiente.—No juzgueis, á fin de que no seais juzgados; se usará con vosotros de la misma medida de que os habréis servido para con los demas.—Guardaos de toda avaricia: no amontoneis tesoros en la tierra; pero sí amontonadlos en el cielo, donde no hay orin ni gusanos que los consuman, ni ladrones que los desentierren y los roben.—Que vuestra luz brille delante de los hombres, á fin de que viendo vuestras buenas obras, tributen gloria y honor á vuestro Padre celestial; pero no hagais buenas obras solo porque las vean los hombres, porque entonces no recibiréis la recompensa de vuestro Padre.—Arrepentíos de vuestros pecados y haced penitencia, porque de otra manera pereceréis todos.—Aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y el que la pierda por amor de mí la salvará.—Cualquiera que poniendo la mano en el arado mire para atras, no es propio para el reino de los cielos.¹”

Acabamos de esponer con relacion á los puntos generales del deber, los principales rasgos de la doctrina de Jesucristo. Por esta simple ojeada hemos podido convencernos de que en esa doctrina todo estaba previsto, que corresponde admirablemente á todo, y que esclareciendo al hombre acerca de la vía de la Cruz, le dirige hácia una perfeccion tan alta, que su debilidad frecuentemente se asusta de considerarla. Sin embargo, para concebir toda la belleza y toda la escelencia de esta doctrina, es necesario estudiarla en el Evangelio, examinarla en cierto modo en el terreno de los hechos; verla nacer de los lugares, de los tiempos y de las circunstancias; porque entonces es cuando adquiere mayor precio y se

¹ S. Marcos, caps. 7 y 4; S. Mateo, caps. 5 y 6; S. Lucas, caps. 12 y 6.

reviste con nuevo lustre. ¿Qué fórmula moral podrá igualar á la elocuencia de los ejemplos de Jesucristo, y á la verdad viva de sus parábolas? ¿Quién podrá espresar la indefinible impresion que dejan en el alma la vista de Jesucristo lavando los piés á sus apóstoles, ó rogando sobre la cruz por sus verdugos; la leccion del dinero de la viuda, las parábolas del fariseo y del publicano, la del hijo pródigo, del rico avaro, y tantos otros rasgos de que el Evangelio está lleno? ¿A quién por otra parte le ha sido dado penetrar en las profundidades de esa mina inagotable y sacar á luz todas las riquezas que encierra? ¡Cosa admirable! las ciencias marchan, se desarrollan, adquieren cada dia por la dedicacion y el trabajo obstinado de los hombres alguna nueva perfeccion, sin llegar á ella sin embargo, en tanto que la doctrina de Jesucristo, una vez salida del crisol divino, se ha encontrado tan cabal y perfecta, que ha sido imposible quitarle ó añadirle nada. Lo mismo que Dios, ella ha permanecido inmutable; siempre antigua, siempre nueva é inaccesible á la accion deletérea y á la vez regeneradora del tiempo. Los siglos han pasado, los hombres han pasado tambien; las inteligencias se han engrandecido, el espíritu humano elevándose mas y mas ha descubierto nuevos y muy dilatados horizontes, y por todas partes el Evangelio habia ya arrojado los vivos destellos de su luz esplendorosa. Semejante á los astros, le acompaña y va siempre delante; y lejos de que su brillo se debilite, á medida que alumbra mas la antorcha de las ciencias viene á ser mas resplandeciente, y en su luz las inteligencias han visto la luz. *In lumine tuo videbimus lumen.*

¿Qué espectáculo tambien nos ha presentado la ciencia embriagada de sus progresos, la ciencia envanecida y celosa? Despues de haber combatido al Cristo durante largos siglos con un encarnizamiento implacable, de repente aperciéndose de su yerro, ha vuelto sobre sus pasos, ha reivindicado al Cristo por uno de los suyos, y se ha honrado con su doctrina. El orgullo humano es incorregible: cuarenta siglos

de experiencia no han podido esclarecerlo. Durante cuarenta siglos el hombre, entregado á sí mismo, no ha hecho mas que marchar de degradacion en degradacion; y era necesario que Jesucristo viniese del cielo á sacarlo del abismo de su corrupcion y de sus propias tinieblas: él siente todavía la mano libertadora que sostiene su mano, y sin embargo, oíd-le cómo se proclama él mismo su libertador: "La razon humana, dice, ha llegado á su madurez; ella habia elaborado todos los sistemas, y Jesucristo no ha tenido otro mérito que recoger y promulgar las verdades que se encuentran en todas las religiones y en todas las filosofias, sin otro trabajo que el de reunir en un sabio eclecticismo las doctrinas de la India y de la Persia, de la Judea y del Egipto, de la Grecia y de la Italia." No vacila, en el interes de una loca vanidad, en hacer tabla rasa de toda la historia, desconocer la tradicion, las profecías, el encadenamiento de los hechos, la promulgacion milagrosa de la doctrina evangélica. Se quiere olvidar que Cristo, mirado como hombre, era pobre é iliterato; que los judíos decian de él: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿cómo puede ser tan sabio sin haber tenido estudios? y por este mero hecho los filósofos de entonces, menos advertidos que los nuestros, rehusaron creer en su palabra. ¿Mas de qué sirven esas mentiras, esos subterfugios, esos sofismas? ¿Qué se aventajaria de probar que Jesucristo no habia sido mas que un hábil artífice, que habia sabido combinar y poner en orden los numerosos materiales suministrados por la razon humana?... No, no están ahí sus títulos de gloria. Nosotros no alabamos ni adoramos á Jesucristo por haber compuesto un sistema filosófico ingenioso; le alabamos y adoramos por haber instituido de un modo divino un poder moral legislativo, interpretativo y ejecutivo; por haber sancionado la verdad moral con su autoridad sagrada.

Si Jesucristo no hubiese hecho mas que promulgar una doctrina filosófica, su mision habria sido vana, completamente vana; porque no habria habido ningun mediano filósofo

que no hubiese estado ni estuviese en el derecho de no creerle, y de oponer á su doctrina otra doctrina rival. No basta proponer dogmas y leyes, es necesario tambien, como lo ha hecho el Hijo de Dios, darles por la virtud venida de lo alto, la fuerza de fé, de expansion y de vida.

Mas adelante volverémos á esponer bajo la forma de objecion á la propagacion milagrosa del Evangelio, las pretensiones de la razon humana; pero entre tanto, nos parece á propósito oponer en este lugar los poderosos argumentos de uno de nuestros mas ilustres oradores sagrados. "Jesucristo, predicaba el P. Lacordaire, ¿se ha presentado como Creador? ¿Ha dicho acaso: Yo soy el inventor de la verdad? No: Él ha dicho: *Yo soy la verdad*. Él ha dicho tambien: Yo no he venido á destruir la ley, sino á hacerla efectiva; lo cual significa: Yo soy la verdad de todos los tiempos y de todos los lugares; Yo soy esta verdad, la primera y la última, y sin la cual nunca el hombre ha podido totalmente pasarse. Desde el primer dia del mundo, desde la primera palabra de Dios, desde la primera luz divina que alumbró nuestra alma, era el Cristo el que obraba, hablaba y se revelaba; y esta revelacion se ha propagado por toda la tierra con la dispersion de las familias primordiales del género humano. Con todo, al lado de este fenómeno de la propagacion primitiva y universal del cristianismo, comprendemos que pasaba otro muy diferente, el de la alteracion y corrupcion del mismo cristianismo. De modo que Jesucristo, aun cuando no fuese nueva, traia al mundo alguna cosa que el mundo no conocia sino por esperanzas mal definidas y frecuentemente desfiguradas; y comenzando por el Oriente, no hay duda que en él se habia conservado la idea de la caida, de la expiacion, de la intervencion divina para la reparacion del hombre; pero el Oriente habia sofocado esta idea entre dos absurdos, el panteismo y la metempsícosis. Y bien; ¿ha admitido Jesucristo esta doctrina? ¿ha transigido con el Oriente sobre la metempsícosis y el panteismo? No; ha enseñado todo lo contrario. Y en cuanto al Occidente, se ha-

bla de Platon; ¿pero era acaso Platon todo el Occidente? Aristóteles, Epicuro, Zenon, Pyrron, no ¿existian con el mismo título, y sus doctrinas no partian con las de la Academia el imperio de los espíritus? Se quiere considerar á Platon como la mas elevada expresion de la sabiduría occidental, no lo disputaremos, y viendo lo que pensaba, veamos lo que le debe Jesucristo.

En el orden metafísico Platon creia en la eternidad de la materia y del caos; poniendo al mundo delante de Dios como una substancia inferior, pero paralela é increada: en el orden moral él negaba la existencia del libre albedrío, y afirmaba en los propios términos, que ninguno es voluntariamente malvado, porque todo mal tiene por principio un error indeliberado del espíritu. Dualismo y fatalismo, he ahí á ese Platon tan admirado, á quien yo mismo he elogiado, y á quien elogiaré siempre. Ningun sabio le igualó jamas en la invocacion de la verdad; ninguno presintió mejor el porvenir; ninguno revistió el vislumbre del error con una púrpura mas brillante y mas propia para consolar el alma de no abrazar mas que una ilusion. Pero hacer de Platon el antecesor de Jesucristo, y el nudo por donde el Evangelio se ataba al Occidente, es conceder demasiado á su gloria. Jesucristo niega el dualismo y el fatalismo platónicos, como niega el panteísmo y la metempsícosis de la India; y si es llamado el Verbo, Hijo de Dios, esta expresion revelaba un misterio que Platon no conocia, el de una triple personalidad en la sustancia una é indivisible de Dios.

Los judíos á su turno, aunque poseedores del cristianismo primitivo y de la espectacion del Mesías, habian corrompido este depósito en su pensamiento, haciendo de la verdad cristiana que es el patrimonio de todos, su herencia particular; substituyendo la idea de la ley á la idea de la fé, Moises á Cristo, el personal al universal. Ya cubiertos de la sangre del Libertador, y en comunion con él, persistian en venerar el ídolo que elevaba su amor propio nacional á la categoría

de un deber y de una virtud, persuadiéndose de que el judaísmo iba á subyugar á todo el universo. En el sentido cristiano esto era cierto, y en el sentido de ellos era falso. Jesucristo tenia, pues, que combatir á la Judea, lo mismo que al Oriente y al Occidente; y si quereis ver todavía mejor que la doctrina cristiana no fué un suceso de fusion, sino un suceso de contradiccion, contradiccion en el Oriente, contradiccion en el Occidente, contradiccion en el pueblo hebreo, no teneis mas que considerar el panteísmo tal como lo ha conservado el Oriente, el judaísmo tal como lo entienden aún los restos de Israel, y el platonismo tal como se le ha resucitado á nuestros ojos.¹

Digamos, pues, con Bossuet:—“Debe ser mas que un hombre el que á través de tantas costumbres, de tantos errores, de pasiones tan complicadas y de tan estrañas fantasías, ha sabido discernir lo justo y fijar con precision la regla de las costumbres. Reformar así al género humano es dar al hombre la vida racional; es una segunda creacion, mas noble en cierto modo que la primera. Cualquiera que fuese el gefe de esta reforma saludable para el género humano, debia tener en su auxilio la misma sabiduría que habia formado al hombre la primera vez. En fin, es una obra tan grande, que si Dios no la hubiese hecho, Él mismo envidiaría á su autor.”²

Digamos tambien con Rousseau:—“La santidad del Evangelio habla á mi corazon: ¡cuán pequeños son los libros de los filósofos, con toda su pompa, comparados con él! ¿Dónde habia tomado Jesus entre los suyos esta moral tan elevada y tan pura, de que Él solo ha dado las lecciones y el ejemplo? Desde el seno del mas furioso fanatismo se hace oír la mas alta sabiduría.”³

Escuchemos, en fin, al mismo Jesucristo dar á su doctrina

1 Conferencias de Nuestra Señora.

2 Segundo sermón, predicado el segundo domingo de Adviento.

3 Emilio.

la sancion de una profética esperiencia:—“Cualquiera, dijo, que escucha las palabras que acabo de decir, y las pone en práctica, es semejante á un hombre sabio que ha construido su casa sobre la roca. La lluvia ha caido, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y no han podido derribarla, porque habia sido erigida sobre la roca. Pero cualquiera que escucha las palabras que acabo de decir, y no las pone en práctica, es semejante á un insensato que ha construido su casa sobre la arena. Ha caido la lluvia, los rios se han desbordado, los vientos han soplado con fuerza sobre esta casa, y ella se ha desplomado, y grande ha sido su ruina.¹”

CAPITULO XV.

La vida que emana de la Cruz.

Aquí es donde esperamos al racionalismo. Fácil es todavía á un sabio inventar un sistema moral cualquiera, y despues prosternarse ante su misma obra diciendo: “Yo he encontrado la verdad.” Pero hay otra cosa menos fácil, y es primeramente la de hacer participar á los demas de las propias creencias, de inspirarles la fé en el sistema que se ha inventado; y en segundo lugar, dar vida á ese sistema, sosteniéndole en pié, conservándole intacto en medio de interpretaciones diversas, y á pesar de la potencia corrosiva y destructora del tiempo; lo es, en fin, y sobre todo, el de dotarle de verdaderos caracteres de vida, de manifestaciones

¹ San Mateo, cap. 7.

exteriores que revelen la fé interior; lo es conducir las voluntades á practicar libremente el sistema, y por solo la fuerza de la persuasion.

El plan del cristianismo con todas sus armonías y sus relaciones profundas, no habria podido ser concebido nunca por una cabeza humana; pero admitiendo que hubiese podido serlo, no habria podido darlo á luz: si hubiera salido del cerebro de su autor, habria sido como la república de Platon, una simple teoría escrita en un papel. Envanézcase cuanto quiera el racionalismo de haber descubierto la verdad, de haberla enseñado al mundo; lo dejaremos pavonearse en su ridículo orgullo, pero que no venga á decirnos: “Yo soy el padre de la fé, yo he conservado la verdad pura de toda mancha, yo la he pasado á las obras, le he inspirado el soplo de vida,” porque toda la historia se levantará y protestará contra esta audaz mentira. “Desde Tales, diria por la boca misma de Voltaire, hasta los mas quiméricos racionalistas y hasta sus plagiarios, que ningun filósofo ha influido, ni aun en las costumbres de la calle donde vivia.”

No sucede así con Jesucristo: si Él ha sabido trazar á la libertad su camino y volver á la inteligencia la verdad, sabrá tambien por la virtud de su sangre divina, derramada sobre la cruz, hacer descender la vida á los corazones y animarlos con una nueva fuerza. Esta fuerza será incalculable, porque ella resultará de los agentes mas poderosos sobre la voluntad humana, la fé, la esperanza, la caridad, el ejemplo, y sobre todo, la influencia, el atractivo de Dios, la gracia. La fé sola, segun la palabra de Jesucristo, bastaria á trastornar la naturaleza; ¿qué maravillas no producirá ella cuando obre de concierto con todos los demas agentes? Pero estos agentes de un poder tan admirable no están al alcance del hombre, Dios solo los tiene; el Hijo de Dios podia únicamente tenerlos á su disposicion. Hé ahí por qué aun cuando un genio, un ángel si se quiere, hubiese traído la verdad